

Querido Lector,

El que Persevera, Alcanza, dice mi mamá. No importa que tan difícil sea la situación, siempre hay que confiar, mantener la esperanza y seguir adelante.

Ella es una mujer firme, insistente y constante; tiene una sonrisa amable y entre más pasan los años, más joven se vuelve. Ella dice que su secreto de la juventud es dar gracias a Dios todos los días por tener la oportunidad de vivir y de elegir. Cuando ella toma una decisión no hay quien le haga retractarse.

Así fue hace 10 años, cuando decidió abandonar el papel de mujer sumisa, que soportaba la agresión psicológica de un hombre que no la valoraba, ni le permitía ser ella misma. Decidió irse sola para el país del norte, con la esperanza de crear un mejor futuro para sus cuatro hijos y con el deseo de reencontrarse con la mujer que vivía dentro ella, y que no había vuelto a ver hacía muchos años.

Sin un peso en el bolsillo, consiguió que le prestaran para pagar la cita en la Embajada y para viajar a Bogotá. Por cosas de la vida, ese día le negaron la visa a casi todas las personas, menos a ella. Le dieron visa por 6 meses, de turista. Pero ella pensaba quedarse indefinidamente.

En el aeropuerto, nos mostró una foto que había puesto en la billetera: había sido tomada en 1987 el día de mi cumpleaños. Estábamos los cuatro muy pequeños. Ella dijo que siempre nos llevaría en su corazón. Yo le pedí que me regalara un carné viejo que tenía en la billetera; me gustaba la foto, ella tendría unos 22 años. Le dije, que siempre la llevaría conmigo.

Sus últimas palabras antes de subir al avión fueron: “ ¡Los Amo!, Dios nos va a ayudar.” Como les dije, de eso hace ya 10 años. Dios sí nos ayudó. Muchas lágrimas bañaron esos días; muchos “te amo” viajaban por el cabletelefónico y muchos “te extraño” se ahogaban en las hojas de nuestras cartas.

En las noches, yo siempre miraba el cielo y buscaba la estrella más brillante e imaginaba que ella también la estaba viendo. Le mandaba un beso y un abrazo, le decía que cada día su ejemplo de fortaleza y persistencia me impulsaba a seguir adelante. Para ella debía ser más difícil estar en un país tan diferente, sola, aferrada a una ilusión alimentada por el amor de madre.

Allá, conoció más mujeres como ella, que habían dejado los hijos en Colombia y estaban trabajando para que ellos nunca tuvieran que abandonar su país o su familia. Acá, también conocí jóvenes como nosotros, viviendo solos, estudiando y trabajando para honrar el sacrificio de nuestras madres.

“El que persevera, alcanza”, eran las palabras de mi mamá para darnos aliento y para renovar sus fuerzas y soportar la distancia; ella estaba trabajando para que le dieran papeles y poder venir a Colombia legalmente; estaba trabajando para que nosotros cuatro, pudiéramos estudiar una carrera universitaria y ser alguien en la vida. Cada uno de nuestros sueños era también su sueño y estábamos en el proceso de hacerlos realidad. Pero el sueño de todos en ese momento, era recibir la llamada que nos dijera que volveríamos a encontrarnos. Pasaron 8 años hasta que ella pudo regresar; fueron 96 meses sin sentir la calidez de su abrazo; fueron 2920 días aprendiendo a ser adultos más rápido que los demás.

Finalmente, volvimos al aeropuerto. Sentíamos que ya todo había terminado, como si hubiéramos estado en una carrera de obstáculos donde no teníamos otra alternativa sino avanzar, correr y correr para llegar a una meta que no veíamos. Y por fin, ese

día llegamos a la meta y dejamos de correr, esa carrera había terminado. Por la puerta de Llegadas Internacionales salió una mujer joven, hermosa, sonriendo y llorando, viendo de un lado para otro, buscando con la mirada cuatro personas que conocía de corazón pero que sólo había visto en fotos los últimos 8 años. Cuando la vi supe que ella había ganado esta carrera de obstáculos. Había logrado lo que se había propuesto, nos había dado una gran lección de entrega, sacrificio y amor que nos marcará para el resto de nuestras vidas. Se demostró a sí misma que ella era fuerte, firme y valiosa. Ya no había rastros de esa mujer que se fue. Sus primeras palabras fueron: “Los Amo! Gracias a Dios, ya estamos juntos.” Desde ese día empecé a conocer a mi mamá. Y me dije que si yo iba a ser Alguien en la vida quería ser como ella. Hoy, estoy a tres días de graduarme en Artes Plásticas, una carrera poco estimada pero que llena el alma. Todo vale la pena cuando se tiene fe y tanto amor. Es probable que muchos colombianos estén viviendo situaciones muy difíciles y crean que no tienen salida; pero lo cierto es que hay que creer que sí se puede y perseverar; hay que tener esperanza pura y ser capaz de tomar las decisiones más difíciles que a largo plazo nos llevan a mejores estados.

Yo deseo que nosotros, los jóvenes colombianos, encontremos en nuestro país las oportunidades para forjar un mejor futuro para todos y que nuestras familias puedan reunirse de nuevo en el hogar al que pertenecen, el gran hogar que es Colombia

Julia Elena Calderón